



Revista de pensamiento
personalista y comunitario
ÓRGANO DE EXPRESIÓN
DEL INSTITUTO E. MOUNIER

CONSEJO DE REDACCIÓN

DIRECTOR: Luis Ferreiro
SECRETARIO: Fernando Soler
acontecimiento@mounier.org

Luis Capilla
Carlos Díaz
José Antonio Fernández
Teófilo González Vila
Carmen Herrando
José M. Linares Poveda
Julia Pérez Ramírez
Ricardo de Luis Carballeda
Félix García Moriyón
José Manuel Alonso

PRÓXIMOS NÚMEROS 2015

- *Los sentimientos*
- *El invierno demográfico*
- *La verdad*

EDITA: Instituto E. Mounier
c/ Melilla, 10 - 8.º D
28005 Madrid
☎ 91 473 16 97
<http://www.mounier.es>
Periodicidad: trimestral
ISSN: 1698-5486
Depósito legal: M-3.949-1986
DISEÑO Y PRODUCCIÓN:
La Factoría de Ediciones
☎ 91 452 94 17
factoria@factoriaediciones.net
IMPRESIÓN: Egraf, S. A.

SECCIONES

01	Editorial POLÍTICA Y ECONOMÍA
03	El otro feminismo , por Mar Llera
05	Nieve en las pupilas , por Sergio Barbero Briones
08	El emperador desnudo , por Miguel Ángel Castaño Martín PENSAMIENTO
12	¿Esperanza en la «sociedad del cansancio»? , por Carmen Herrando
16	El drama de Sastre: el problema del fundamento , por Antonio A. Moreno Párrizas TESTIMONIO
19	Pinceladas de un septuagenario , por Carlos Díaz
22	Visita al centro de readaptación social (CERESO) en Valladolid, México , por Julia Pérez Ramírez
24	RINCÓN BIBLIOGRÁFICO

ANÁLISIS

El deber de decidir

PRESENTACIÓN 26

Decisión, acción y compromiso,
LUIS FERREIRO. 28

La capacidad de decisión: deseo en René Girard, creación en Gabriel Marcel,
GUILLERMO GÓMEZ-FERRER LOZANO,
SANDRA RUIZ GROS 32

Decisiones auténticas
M.ª ÁNGELES NOBLEJAS 37

Educación y autonomía
BENITO ESTRELLA PAVO 41

Derecho a decidir, autodeterminación, secesión
TEÓFILO GONZÁLEZ VILA 47

El derecho a decidir: fundamento y límites de las decisiones colectivas
JOSÉ RAMÓN RECUERO. 50

Derechos y deberes individuales y colectivos. Una reflexión al hilo de «El derecho a decidir»
SERGIO MAS DÍAZ 57

Editorial

TEÓFILO GONZÁLEZ VILA, MIEMBRO DEL CONSEJO DE REDACCIÓN DE ACONTECIMIENTO

Derecho a decidir... ¿qué?

En el escenario político y mediático español, ocupa, desde hace tiempo, un primer plano la insistente reivindicación del *derecho a decidir*. Y muy amplios sectores parecen ver tal reclamación como algo lógico que no ofrece reparo alguno. Pero el llamado *derecho a decidir* no puede decirse que constituya una exigencia democrática elemental, obvia, indiscutible. Por el contrario, es en realidad la indefinición que rodea a ese difuminado concepto la que permite a cada uno entenderlo en algún sentido que le parece aceptable. Es necesario, por eso, advertir que sin referencia al objeto o término de la decisión no es posible afirmar un derecho a decidir. *Derecho a decidir*, sin referencia a objeto alguno viene a ser una inadecuada expresión de la *capacidad de decidir* que, a

Continúa en la página siguiente

Mar Llera

Dpto. Periodismo I. Universidad de Sevilla

EL OTRO FEMINISMO

El aborto no es plato de buen gusto para nadie; sobre todo, no lo es para la mujer.

Daba yo vueltas a esta convicción, hace ya cuatro años, cuando acababa de regresar de una estremecedora visita a los Territorios Ocupados. Había estado allí colaborando con diversas asociaciones de mujeres de izquierdas, para luchar contra la doble discriminación que sufren las palestinas, por parte de ese Estado totalitario que es Israel y por parte del machismo árabe que utiliza el Islam en su beneficio. Simultáneamente, me encontraba implicada en proyectos de desarrollo destinados a comunidades indígenas en Latinoamérica y en África.

Y me sorprende hoy que esa reflexión sobre el aborto haya coincidido en parte con la que manifestó Gallardón, durante largos meses, en una batalla finalmente perdida. Me sorprende porque quien no destacó precisamente por su sensibilidad social en otras materias —recordemos la ley de tasas judiciales—, esgrimió respecto del aborto una argumentación tan progresista que si hubiera sido articulada por los ardientes labios de una mujer habría sonado a feminismo. Pero no; esta vez las mujeres tuvimos mala suerte: lo había dicho un macho. Facha, por lo demás. Así que muchos ni se dignaron a escucharlo. Yo sí. Siempre me ha interesado conocer al «enemigo».

Me defino como una persona de izquierdas, eco-feminista y anti-sistema, profesional y existencialmente implicada en numerosas causas sociales. Mi inquietud me ha llevado a ser responsable durante varios cursos de la asignatura *Comunicación para el Desarrollo Social* como Profesora Titular en el Departamento de Periodismo I de la Universidad de Sevilla. Formo parte de un grupo de investigación de orientación neomarxista, pertenezco a Greenpeace y he colaborado muchos años con Amnistía Internacional. En mis proyectos académicos apoyo iniciativas de política social que se hacen eco de las que propone ATTAC frente al capitalismo depredador; defendiendo las



energías renovables, las cooperativas de microcréditos y la banca ética.

No pertenezco a ninguna organización pro-vida. Simplemente, soy madre. Y escuché el latido del proto-corazón de mi hija cuando apenas tenía seis semanas. Desde entonces no creo que ninguna mujer quisiera escuchar cómo se apaga ese latido cuando decide abortar, inducida por las falacias y las desigualdades del tecno-capitalismo patriarcal.

Lo comenté hace un año a las dirigentes de Femen, que mi grupo de investigación tuvo a bien invitar a la Universidad de Sevilla. Yo era de algún modo anfitriona. Y estuve a punto de hacer *top-less* como manifestación de empatía, para asegurarme de que se me entendía, de que empleábamos el mismo código. Pero no hizo falta. Un elocuente silencio desde el escenario y varios abucheos a la espalda me confirmaron que el mensaje había llegado.

En su intervención, la líder del grupo —Inna Shevchenko— denunció muchas cosas sobre la situación de la mujer en el mundo actual. Cosas que a mí me duelen como a ella. Pero cometió tres errores. El primero fue no responder más que con evasivas a mi alegato feminista a favor de la maternidad. El segundo, no aceptarme en su grupo. (Yo se lo pedí: «¿Cabría entre vuestras filas? Si aceptáis mi propuesta, me apunto»). El tercero, aludir a la religión.

No me gustan las interferencias religiosas en este tema. No porque tenga algo en contra, sino porque tengo mucho a favor del sano laicismo, de la evidencia científica y del instinto de los mamíferos. (Perdonen si sueño salvaje, pero a veces lo soy).

El discurso de la religión no todos lo entienden, ni tienen por qué hacerlo. Pero todos hablamos, en cambio, el contundente lenguaje de la vida.

Éste es el código básico que debería unirnos a todos, tanto a quienes se posicionan a favor de una determinada ley del aborto, como a quienes se posicionan en contra: el hecho biológico constatable, innegable, de que existe vida —por supuesto, humana (no de gato ni perro)— desde los primeros instantes de la fecundación.

«No nos embarazamos de lechugas, nos embarazamos de nuestros hijos» —reza la célebre cita de una profesora (de cuyo nombre no quiero acordarme), inmortalizada en una red social por los alumnos de Periodismo de la Universidad de Sevilla.

Ante la frecuente imposibilidad de hablar este lenguaje fundamental, que todos entienden —incluidos mis subversivos estudiantes—, experimento una gran rebeldía contra el silencio que nos impone la «corrección política» a quienes nos sentimos a un tiempo pro vida, pro mujer y de izquierdas.

Porque somos muchos —y muchas— los que en la izquierda querríamos que el tema del aborto se planteara de otra(s) manera(s). Querríamos que las mujeres que sufren el trauma post aborto pudieran hablar —si lo desean— para dar a conocer su sufrimiento, para que quienes se proponen abortar sepan qué puede sucederles y para aliviar su ahogo. Querríamos poder ver los desechos de los abortos que se practican

en nuestras clínicas para comprobar que «se trata sólo de cuatro células» y no de trocitos de cuerpos humanos, como en numerosos casos efectivamente sucede. Querríamos que nuestras compañeras feministas fueran congruentes con los discursos académicos más progresistas, que advierten contra la imposición de un único modelo de mujer y de un único feminismo hegemónico. Querríamos no experimentar por parte de nuestros camaradas de izquierda la misma intolerancia y el mismo fanatismo que criticamos en la derecha. Querríamos, sobre todo, que realmente se ayude a las mujeres que viven con angustia un embarazo no deseado y piensan que su única posibilidad es pasar por el aborto porque no hay políticas sociales adecuadas que favorezcan la adopción, que atiendan a las particulares manifestaciones de violencia de género tan frecuentes en esos momentos, que afronten las problemáticas psico-sociológicas y sociolaborales que constituyen las verdaderas raíces por las que muchas mujeres se plantean abortar. Y querríamos poder trabajar, codo a codo, tanto con quienes están a favor de una legislación que regule el aborto (que no es lo mismo que estar a favor del aborto), como con quienes están a favor de su total prohibición, en ese espacio compartido donde fragua el consenso democrático, en pro de políticas sociales que cubran los déficit existentes y que luchen efectivamente por la mujer.

Querríamos, finalmente, que no nos tacharan de «catolicones» o «fachas» cuando planteamos alternativas a ese acto de violencia contra la mujer que es el aborto. Porque han de saber que la posmodernidad entiende el progresismo como la apología de los intersticios.

Y porque en cierta manifestación, cuando nos encontrábamos en el fragor de esta controversia, los cámaras de *Intereconomía* no quisieron grabar mi alegato feminista de izquierdas a favor de la vida. O porque El País —hipócritamente— me dijo que sí, que le interesaba mi opinión, me entrevistó y luego enterró mis palabras en una papelera.

No nos embarazamos de lechugas, nos embarazamos de nuestros hijos. Necesitamos menos ideología y más feminismo verdadero.